

EL DOCTOR DE LAS MARIPOSAS

PARTE I: EL DOCTOR

Me tomó mucho tiempo aprender a pronunciar esa palabra correctamente: *Lepidopterólogo*.

Una persona que se dedica a estudiar meticulosamente a las mariposas y relacionados. Esta profesión me parecía terriblemente inquietante desde temprana edad. Normalmente, quien fuera que se dedicara a esto —si se consideraba un buen lepidopterólogo— tenía un estudio especial para dedicarse horas y horas a cosas tan abominables que ni siquiera quiero darles una imagen en mi mente.

Para un hombre más viciado, hacía falta llevarlo más lejos. Ese era el caso del Doctor Evander Alloy. En su casa —que no era más que un pequeño apartamento de tres habitaciones, un estudio, una cocinita mugrosa y algo semejante a un comedor— solo dos de las tres habitaciones eran utilizadas con fines usuales porque la tercera era su rincón especial. Era un intento de invernadero. Lleno de plantas, flores y macetas que le daban un olor a lodo y humedad a la casa entera. Tenía una ventana de cristal que el doctor Alloy había sellado cuando se mudó a su apartamento con vidrio templado. Aun si hubiese querido abrirla, le resultaría imposible. De todas formas, era muy conveniente que no abriera. Así no se saldrían las mariposas.

La habitación había sido saturada con ejemplares de mariposas y polillas vivas. Estaba tan a su tope que la casa nunca estaba en silencio. Siempre podías oír el aleteo de cientos de mariposas si te quedabas callado. Era tan estruendoso que ahogaba el sonido de los latidos de tu corazón. Ese pequeño detalle me turbaba de noche, casi al punto de no dejarme dormir como correspondía.

Nunca entendí qué le había fascinado a mi madre del doctor como para casarse con él. Tal vez era el aire excéntrico que le daba su profesión o el aroma a colonia que desprendía toda su ropa. Siempre me imaginé al doctor como una gran mariposa desprendiendo feromonas para atrapar a mi madre en su matrimonio. El físico del doctor no era lo que la había fascinado, eso era seguro, pues el doctor Alloy era muy insólito, de apariencia vieja y demacrada. Posiblemente, a mi madre lo que le fascinó fue que tenía suficiente dinero como para darnos de comer y compensar toda la pérdida económica que había supuesto la muerte de mi padre. Era la única razón que me hacía sentido porque nadie querría, en sus cabales, casarse con un lepidopterólogo. Más específicamente con el doctor Evander Alloy.

Mi hermana Kyra era siete años mayor que yo y, lamentablemente, los años de su crisis de la adolescencia se sincronizaron con la *era del doctor*. La pérdida de nuestro padre la había afectado más que a mí, pues era quien más compartía rasgos de su carácter. A Kyra no le gustaba sentirse sujeta a nada ni a nadie, así como mi padre, por lo que naturalmente se entendían. Mi padre salía con ella más de lo que lo hacía conmigo y

había veces en las que no volvían en días. Sin embargo, siempre regresaban. Supongo que aun los más perdidos necesitan, de vez en cuando, el calor de un hogar.

Mi madre era la que lo pasaba peor. Si se había casado con el doctor por algún tipo de conexión emocional, prontamente fue arrastrada fuera de ese sueño. El doctor no era alguien sentimental, ni siquiera sabía si alguna vez había sentido algo más que las necesidades básicas y su fascinación hacia los monstruos que mantenía en su rincón de la casa. Ni siquiera comprendo aún por qué se casaría con mi madre. Tal vez sería debido a que pegarles a las mariposas era una tarea sin sentido y poco sustancial. Por otro lado, hacerlo con mi madre debía resultarle más placentero. Muchas veces mi mirada escarbaba en sus ojos antes de tirar un prolongado aullido cuando esto sucedía. El doctor la soltaría luego de esto, pero solo el tiempo suficiente como para jalarme casi por el cuero cabelludo y tirarme dentro de la habitación de sus monstruos.

—Pequeña Lilou, ya deja de llorar. Naomi me comentó lo mucho que disfrutas de mis preciosuras. No te impacientes, ya estamos aquí.

Ya dentro de la habitación, me hacía un ovillo y enterraba mi cabeza en el espacio entre mis rodillas y pecho. No podía gritar en esa habitación. No podía ni abrir la boca por las terribles imaginaciones que me sugerían todo tipo de cosas. No podía abrir los ojos, ya era suficiente oír y sentir lo que había a mi alrededor, no necesitaba verlo. Casi no podía respirar en esa habitación, no podía moverme en lo absoluto. La primera vez que el doctor había implementado esta técnica, cometí el error de correr hasta la ventana para abrirla y tomar aire. Mi puño rebotó en el cristal y me vi rodeada de una nube de alas. Estaban en todo mi cuerpo, estaban encima de mí...Si no me movía, se posaban en mí, pero nada más.

Kyra no me sacaría de allí a pesar de saber lo mucho que lo odiaba. Siempre estaba en nuestra habitación o fuera de la casa, no había forma en la que supiera que yo estaba allí dentro. Además, las primeras palabras que nos dirigió el doctor cuando nos mudamos fueron que teníamos prohibido siquiera tocar la manilla de esa puerta. Nunca lo desobedecí por mi propia voluntad, siempre era él quien lo hacía por mí. Y aun con todo el aleteo y las paredes entre nosotros, seguiría oyendo a mi madre gritando hasta que el doctor la callara, ella se desmayara o yo lo hiciera. Lo que sucediera primero. No me sorprendía en lo absoluto, pues siempre consideré que para ser lepidopterólogo, se tendría que tener un corazón cruel y atroz y el doctor Evander Alloy vaya que lo tenía.

PARTE II: LA SARTÉN

Arrugué el ceño cuando me di cuenta de que el crayón rojo que sostenía ya estaba tan gastado que casi no podía retenerlo con mis delgados dedos. No me había percatado de que había llenado todos los espacios en blanco de la hoja frente a mí de cera roja. Originalmente, había querido pintar una rosa para mi madre o para Kyra; sin embargo, el espectáculo que ocurría frente a mí capturó mi atención al punto de haberme hecho olvidar lo que estado haciendo.

Eran alrededor de las ocho de la noche y el cielo ya estaba oscuro si miraba fuera de la ventana de la pequeña salita. Para ser honesta, a estas horas de la noche me empezaba a sentir incómoda dentro del apartamento. La luz de la bombilla estaba tan vieja que apenas iluminaba y le daba un aspecto opaco y amarillento a todo, como si estuviera bajo un filtro *Monarca*. Hacía que todo se viera más sucio de lo que estaba y estaría mintiendo si dijera que ya me había acostumbrado.

Aquella noche, el doctor Alloy se enfrascó en alguna investigación por lo que, a la hora de cenar, se presentó en la mesa con un enorme libro abierto en un capítulo con una imagen enorme y detallada de una rara mariposa llamada *Greta Oto*. Sabía cuál era, pues el doctor Alloy no paraba de mencionar a su adorada *Mariposa de Cristal* en los últimos días cuando venía a comer. Mi madre trataba de seguirle la conversación, pero su poco conocimiento en el área hacía que la pedantería del doctor se encendiera y le recordaba lo ignorante que era para luego pasar a darle una precisa demostración de su conocimiento al respecto.

—Oh, Naomi, siempre he creído que a todas las personas deberían enseñarles en su juventud a callar cuando desconocen de algo. Es tan desagradable oírlos balbucear de cosas de las que no tienen idea.

Ese día, el libro que yacía sobre la mesa mostraba la foto de una mariposa bastante curiosa: la *Greta Oto*. Sí, aparentaba ser una mariposa hecha de cristal, aunque si me hubiese tocado a mi ponerle el nombre, la había llamada *Mariposa Ventanal*. Sus alas translúcidas eran impactantes, literalmente se podía ver a través de ellas y estaban delimitadas por un marco marrón acaramelado que formaba parte de las alas de este curioso animal. Tenía varias divisiones del mismo color que el marco, dándole el aspecto final de un par de ventanas impecablemente limpias. Su cuerpo me recordaba al de un saltamontes castaño y alargado con unas exuberantes antenas. La mariposa cautivó mi atención con una morbosidad preocupante, haciéndome no apartar la mirada a pesar de sentir un nudo en el estómago al repasar sus detalles.

No fue para mejor apartar la vista de la ilustración pues no fue hasta entonces que me percaté de que entre el libro y el plato de sopa que mi madre recién había servido reposaba un frasco igual de transparente que la mariposa que llevaba dentro. La *Mariposa de Cristal* en un frasco de cristal. Casi me pareció redundante.

Desde el sitio en el que me hallaba sentada coloreando la rosa para mi madre podía verla a la perfección y, a pesar de la morbosidad, no me apetecía acercarme más de lo necesario. Ya ni siquiera sentía el hambre que me había agobiado hacía un rato.

El doctor Alloy no le prestaba atención a mi madre mientras leía el libro y hacía pausas para mirar a la mariposa viva que estaba junto a su sopa. Yo ya estaba decidida a esperar a que se marchara para ir a cenar cuando mi madre se paró con las manos en sus caderas mirándome con acusación.

—Ven a cenar, Lilou. ¿No ves que ya está lista la cena?

Nunca supe si mi madre era consciente de mi aversión al doctor y a sus criaturas, me daba miedo asumir que sí y que le daba igual, así que siempre que sugería cosas que involucraran mi cercanía a ellas, me gustaba pensar que lo hacía por ingenuidad.

—Mamá, yo...aun no acabo de... —señalé la hoja que tenía frente a mí. La cual aun no había sido llenada de crayón rojo. Mi madre ladeó la cabeza un poco irritada y se giró de vuelta a la cocina.

—No voy a tolerar desobediencias tuyas, Lilou.

Me pareció interesante ese comentario, pues nunca la oí reprender a Kyra cuando llegaba tarde a casa. A veces me ponía a pensar que a una de las dos la quería más que, a la otra, solo que no me decidía si era a la que le tenía más indiferencia o a la que la irritaba más. De todas formas, cuando mamá se irritaba, el doctor solía seguirle el paso con rapidez.

Mi mamá no paró de farfullar cosas mientras traía mi plato de sopa y el de ella al mismo tiempo hasta la mesa. Esto, claro, es una decisión muy imprudente si se considera que los platos contenían sopa a penas retirada del fuego. Mi mano seguía coloreando, pero mis ojos estaban en mi madre y en la secuencia que sucedió en el espacio de alrededor de quince segundos.

Mamá tuvo que haberlo visto venir, aunque era obvio que había sido cegada por su palabrería colérica. Una de sus manos se movió un poco más de lo que tendría que haberlo hecho en un ángulo que hizo saltar un poco de sopa a su otra mano. Esto fue lo único que tomó para alterarla y hacer que tirara ambos platos de sopa sin pararse a considerarlo. Uno de ellos cayó y se quebró justo encima del libro del doctor Alloy quien se quedó en un silencio sepulcral asimilando la ira que le fue subiendo hasta la coronilla. El otro plato cayó al lado del primero, pero suficientemente a la derecha como para romperse contra el frasco que contenía a la *Mariposa de Cristal*. Ambos se rompieron de forma tan estruendosa y aparatosa que todos nos quedamos embelesados al ver a la mariposa mover sus alas por última vez antes de quedarse inerte entre todo el caos de sopa y trozos de cristal sobre la mesa. Hubo un silencio absoluto, solo siendo interrumpido por el murmullo de las mariposas en la otra habitación.

El doctor Alloy elevó su mirada para encontrar la de mi madre, quien lo veía aterrorizada y negando con la cabeza.

—Ev...Evander...sabes que fue un accidente....yo no...no era mi intención...yo no...Evander...*Por favor.*

Esa palabra pareció despertar al doctor de su trance quien se puso en pie y cerró la distancia entre ambos con una velocidad increíble. Sus facciones se veían iguales a las de hacía un momento, pero incluso un desconocido podría haber leído fácilmente la cólera que las teñía. Sujetaba a mi madre por las raíces de su cabello a la vez que agarraba su plato de sopa. Mis ojos parecían no estar captando la escena en tiempo real

porque no pude reaccionar cuando el doctor golpeó el plato luego de haberlo vaciado contra la frente de mi madre. Esta soltó un chillido cuando la porcelana se le clavó en plena cabeza y el doctor volvía a tomar los trozos más grandes para volver a estrellarlos en su cara, una y otra vez. Hasta que no quedó un pedazo suficientemente grande como para sujetarlo sin que se resbalara de las manos ensangrentadas del doctor. *No quedó ni un solo pedazo de entre los tres platos y el frasco de la mariposa.* Llegó un punto en el que mi madre dejó de chillar y su cuerpo pareció volverse pesado en el agarre del doctor Alloy. Este la dejó caer al suelo y se detuvo a organizar sus pensamientos sin dejar de mirarla.

En cuanto a mí, estaba horrorizada. Me sentía como en la cámara de las mariposas, donde no podía ni hablar ni moverme. Temía que recordara que estaba allí también. Mi mano había dejado de colorear en el momento que mi madre tiró los platos de sopa y estaba tiesa en la misma posición. Cuando vi su rostro desfigurado sentí una acidez en el estómago y en los ojos que me enfermó. Su piel estaba toda magullada y rojiza. Era tan asqueroso que podía compararlo a cualquier par de alas de las mariposas del doctor. Sus ojos seguían abiertos, mirando algo en la pared.

Evander Alloy no perdió la compostura. Ni siquiera trató de limpiarse la sangre de sus manos, sino que se arrodilló junto a mi madre y le examinó la cara. Yo no soportaba ni mirarla desde la distancia a la que me encontraba; sin embargo, el doctor se atrevía a acercar su cara al rostro desfigurado de mi madre como si buscara algo. Luego empezó a extraer los trozos de vidrio uno por uno de su cara con unas pinzas esterilizadas que utilizaba especialmente para sus estudios con aquellas criaturas. Ni siquiera me di cuenta cuándo fue a buscarlos o si ya los traía consigo desde antes. Mientras lo observaba apilar los trocitos y tirarlos en una bolsa, mi cabeza palpitaba del dolor y el aleteo parecía sonar más distante que antes.

Mi horror incrementó al ver cómo el doctor sacaba una sartén de uno de los compartimientos de la cocina y lo miraba un momento antes de sostenerlo con firmeza y golpearlo contra su propia cara. Dejé salir una exhalación y me aterró al darme cuenta de que estaba esperando que este fuera uno de esos casos en los que el homicida se suicidaba luego de acabar con su víctima. Así tendría oportunidad de relajarme y conseguir ayuda. El lepidopterólogo continuó golpeando su rostro una y otra vez hasta que quedó igual de magullado que el de mi madre. Probablemente él no lo sabía entonces, pero uno de esos golpes le torció permanentemente la nariz.

Un miedo inmenso me embargó cuando vi que se detenía y ponía la sartén sobre la meseta. Su rostro magullado no pareció ser suficiente porque sus manos ágiles escarbaron en una gaveta. La gaveta donde guardábamos los pocos utensilios de cocina que teníamos. Y saco un cuchillo carnicero. Su hoja estaba desgastada, pero no hasta el punto de perder su utilidad. En una ráfaga de cuchilladas, los brazos del doctor e incluso parte de su torso se llenaron de cortes, empapando su ropa y todo el suelo de sangre.

Sus ojos ya no eran coléricos sino gélidos y temibles cuando me miró. Una pequeña sonrisa surcó sus finos y demacrados labios cuando volvió a sostener la sartén en sus ensangrentadas manos. Temí lo peor cuando lo vi acercarse a mí y empecé a llorar en silencio. Sin embargo, no rompí el contacto visual. Mientras caminaba de forma calmada y compuesta hacia mí con aquella sonrisa, la cual nunca olvidaré, dándole vueltas al sartén en sus dedos, lloré como nunca me lo había permitido. En silencio y sin cerrar los ojos. Quería ver si me mataría de la misma forma, con la misma cólera, con la misma rapidez. Quería saber si me iría como mi madre. Quería saber, si de lo contrario, se tomaría su tiempo entre golpe y golpe, rompiendo mi cara y cuerpo. Quería saber si me mataría lentamente luego de torturarme o si se le ocurriría involucrar a sus monstruos en mi condena. Tenía miedo, pero también tenía curiosidad. Quería conocer los límites del maniático ante mí.

Cuando las suelas de sus zapatos se hallaban justo frente a mis rodillas flexionadas en el piso, la cortina de lágrimas que cubría mis ojos me permitió ver el rumbo que tomaba la situación. Teníamos un pequeño radio y televisión en una mesita en la sala. Eran tan viejos que no servían más que para adornar la estancia. Entonces, sin despegar sus viciados ojos, Evander Alloy estrelló el sartén contra el pequeño radio. Lo golpeó tanto que no quedo nada. Como era de esperarse de un lepidopterólogo, no vi nada más que crueldad e indiferencia.

PARTE III: LOS OFICIALES

Sola en el apartamento, me encerré en la habitación que compartía con Kyra y lloré debajo de las sábanas. Lloré tan en silencio como pude, por miedo a que el lepidopterólogo podría volver en cualquier momento. No limpié el reguero del comedor por dos razones. No podía ni verlo y tenía la esperanza susurrante de que, si alguien se aventuraba en mi apartamento, vería la escena y sabría que algo malo ocurría con el doctor Evander Alloy. No obstante, esa noche ni siquiera Kyra volvió a casa.

No supe cuando me dormí, pero a la mañana siguiente la sala estaba impecable y el doctor Alloy compartía un café con una oficial de policía en la misma mesa donde mi madre había sido violentada la noche anterior. Me llenó un sentimiento de remordimiento al notar como ambos se movían con tanta normalidad. Pero me desconcertó aún más ver a una figura de la ley tomándose un café con tanta calma cerca del doctor Alloy en el mismo lugar donde este había asesinado a su esposa.

La oficial era una mujer en sus treinta con el pelo engominado en un moño apretado en la coronilla. Tenía las facciones del rostro endurecidas y gélidas mientras tomaba un sorbo de su café. Su uniforme azul marino tenía un par de botones zafados dejando ver su piel igual de grasienta en lugares desagradables. Tenía una placa en el pecho que la distinguía como la oficial *Rhea Dussel*.

El lepidopterólogo tenía la boca y el ceño ligeramente inclinados hacia abajo como si tratara de imitar una mueca triste y le estuviera resultando especialmente difícil. La oficial Dussel no pareció percatarse de lo falso que era todo el semblante del doctor, aunque si

lo hizo, tal vez lo confundió por un hombre al que se le dificultaba dar a conocer sus dolencias.

En la habitación había alguien más, un joven que no sobrepasaría los veinticinco años y que se hallaba de pie rígidamente junto a la puerta. Su rostro no era más suave que el de la oficial, pero este no se veía frío sino algo más serio de lo que cabría esperar en alguien de su edad. Su placa decía *Gael Finn*. A penas me detuve a notar algo más de él cuando la oficial Dussel me miró y se levantó de la mesa.

—¿Quién es la pequeña?—preguntó sin dirigirse a mí a pesar de estarme mirando.

No le respondí, aunque sabía que estaba esperando que al menos asintiera. El oficial Finn fijó sus ojos en mí y estos parecieron volverse humanos por primera vez, tornándose suaves y compasivos, aunque sin abandonar su seriedad.

—Muy probablemente la niña a la que mencionó el Señor Alloy.

El joven miró al lepidopterólogo y este asintió lúgubrementemente, como si la pena que lo agobiaba fuera más pesada de lo que podía cargar. El policía volvió a verme y se acercó hasta arrodillarse frente a mí y ofrecerme una sonrisa suave, la cual parecía se veía ajena a su rostro. Sin embargo, hubo algo en ella que me pareció relajante.

—Hola, somos los oficiales Gael Finn y Rhea Dussel y estamos a cargo del caso de la muerte de tu madre. Te ofrezco mi más sentido pésame.

Aparté la mirada de la suya y observé con detenimiento al doctor Alloy. La escena me parecía tan surrealista que casi no podía procesarla. Estos oficiales decían que iban a investigar la muerte de mi madre, pero ¿qué había que investigar?, ¿por qué eran tan amables con el doctor? Me fijé en un par de cicatrices en la cara del lepidóptero y en cómo su nariz se doblaba de una nueva forma. Volví a dirigir mis ojos al oficial Finn con curiosidad.

—¿Ustedes saben por qué...cómo...?

Se me hizo difícil terminar esa frase, sentía cómo se me aguaban los ojos, pero intenté evitar que las lágrimas cayeran. La agente Dussel ladeó la cabeza con pena e intercambió una mirada con Finn.

—Oh, corazón. El señor Evander Alloy nos contó el terrible suceso de ayer. Mientras se arreglaban para llevar a tu madre a comer a un nuevo restaurante, alguien irrumpió en la casa y los atacó a ambos. El señor Alloy apenas fue capaz de salir con vida...mientras que tu madre ya había fallecido antes de llegar al hospital.

Mi quijada cayó al suelo y miré al doctor conteniendo un respiro. El doctor me devolvió la mirada y elevó un poco la barbilla, como si me retara a contradecir a la oficial. Esta tuvo que haber confundido mi expresión por la respuesta natural a la noticia que me

había dado. Yo estaba pasmada de que el doctor llegara a tal extremo y de que ellos lo creyeran. El oficial Finn encontró mi mirada con cuestionamiento. Tragué saliva antes de atreverme a preguntar.

—¿Saben quién lo hizo?

—Hasta que los análisis de sangre no salgan no podremos estar seguros. Por desgracia, será algo complicado ya que su sangre está mezclada con la de tu padre y la del criminal. Aún hay más investigaciones que llevar a cabo, así que...

Ya para ese punto, oír la voz de la oficial Dussel hizo que me hirviera la sangre. *Que conveniente que ambos hubiesen sido asaltados y que su sangre estuviera mezclada.* Fruncí los labios y miré al hombre más vil que había en la tierra, el hombre que me miraba con una sonrisa tan imperceptible que nadie más que el destinatario sería capaz de notarla. Me enfermó aún más oírle decir que él era mi padre. Mi padre real nunca, nunca le haría algo como lo que este vil sujeto le hizo a mi madre.

—Ya veo—murmuré.

No sabía qué hacer. Sopesé la opción de ponerme a gritar allí mismo para delatarlo. ¿Podrían creerme? Aun si lo hacían, el doctor me había retado a hacerlo. Me daba la sensación de que tenía algún tipo de plan para hacerme quedar como una niña traumatizada e ignorante. Yo era la única testigo, la única que podría delatarlo. Y en esta sala había dos oficiales de policía con el poder de arrestarlo y llevarlo a un lugar donde podría pudrirse por el resto de su vida, pero el doctor nunca tomaría un reto que no pudiera ganar. Este pensamiento me cohibió de añadir algo más y aparté la mirada. La agente Dussel discutió un par de asuntos más con el doctor mientras el oficial Finn me dirigió al pequeño y destrozado sofá que había en la salita donde nos sentamos en silencio. El oficial no dejaba de estudiarme como si esperara que dijera algo. Me preguntaba qué esperaba de mí, pero fuera lo que fuera, yo no sería capaz de decirle nada.

Noté, mientras lo estudiaba yo por igual, que tenía por hábito elevar ligeramente la barbilla y ladear la cabeza cuando un pensamiento se le cruzaba, lo supe porque sus ojos se hallaban perdidos en los lunares de mi rostro sin siquiera percatarse de ellos.

Hubo un momento en el que la conversación entre la oficial y el doctor se quedó en silencio, cosa extraña pues la agente ya había probado ser muy parlanchina, y el aleteo de las mariposas fue perfectamente perceptible. Vi en el rostro del oficial Finn que estaba a punto de preguntar al respecto, cuando todos oímos cómo la puerta del frente se abría para dar paso a mi hermana. Kyra se veía algo descuidada, su pelo enmarañado en una cola de caballo y su ropa algo estrujada. Tenía puestos unos audífonos y traía una expresión aburrida hasta caer en cuenta de que teníamos compañía. Se quitó los audífonos jalándolos por el cable y me miró confundida.

—¿Qué está pasando, Lilou?

Vi cómo el oficial Finn y la oficial Dussel se miraban confusos también.

—Creí que había dicho que solo tenían una hija, señor Alloy —señaló el policía a mi lado.

Podía sentir la tensión en todos los adultos presentes.

—¿Ah sí? Recuerdo haberles comentado que eran dos.

Kyra lo miró con aversión y luego paseó su mirada por la oficial Rhea Dussel y Gael Finn. Después me miró. Parecía algo avergonzada y ladeó la cabeza. Dio unos pasos titubeantes hacia donde estaba yo y no pude resistirlo más, me eché a llorar justo donde estaba. Ella frunció el ceño y se apuró a abrazarme mientras me acariciaba el pelo una y otra vez.

Pude oír cómo el oficial Finn le explicaba lo de la muerte de mi madre y la sentí paralizarse contra mi cuerpo. Kyra no solía llorar frente a nadie. Y esta vez no fue la excepción. Supe que asentía y que se mordía el labio sin tener que verla. Luego de un momento, mi hermana se separó para mirarme los ojos. En silencio supe que me cuestionaba de la veracidad de lo que el oficial le había comunicado. Yo negué tan ligeramente como pude y sus ojos me confirmaron que había recibido el mensaje.

Antes de irse, el oficial Finn se llevó a mi hermana aparte y le murmuró que podía contactarlo pasara lo que pasara. Mi hermana rompió el contacto visual algo avergonzada y se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja antes de asentir y aceptar la tarjeta que él le ofrecía. El oficial Finn le dio la misma sonrisa relajante que me había dirigido a mí, antes de mirarme y darme un asentimiento. La agente Dussel solo asintió con la cabeza en dirección al lepidopterólogo. Se marcharon.

Ya a solas con el lepidopterólogo, nos envolvió un aura de peligro e incomodidad. No sabía qué hacer, tenía miedo de hablar, de que él hablara o de que algo pasara. Sin embargo, Kyra rompió aquel trance y me tomó de la mano para jalarme a nuestra habitación. Trancó la puerta con seguro antes de mirarme fijamente a los ojos y mover sus labios de forma que pudiera leerlos sin tener que decir nada en voz alta.

—¿Fue el doctor? —preguntó.

Asentí ligeramente y vi como su rostro se transfiguraba a uno de ira. Se paseó por la pequeña habitación antes de volver a mirarme con lagrimones en el rostro.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Me amenazó.

No me sorprendí en lo absoluto al oír una tabla rechinar bajo el peso de un paso fuera de nuestra habitación. Un claro mensaje de que ahora Kyra y yo éramos dos mariposas más del doctor Alloy, encerradas y vigiladas en nuestra propia casa.

PARTE IV: EL REEMPLAZO

Kyra dejó de salir tanto como lo hacía antes, lo cual fue una gran sorpresa y alivio para mí. Me conmocionó tanto que se quedara por mí. Sabía que, si pudiera, se habría ido hace mucho, podía ver en su rostro que le dolía estar encerrada en el diminuto apartamento conmigo y el doctor Alloy, consciente de todo lo que había sucedido. Para mí era igual de difícil o incluso peor pues aún recordaba vivamente la forma en la que mi madre cayó inerte al suelo y la furia helada con la que el doctor la remató una y otra vez. Sin embargo, a diferencia de ella, yo no tendría a dónde más ir.

Sin mamá cerca, Kyra tuvo que ocuparse de las tareas del hogar con mi ayuda. Las comidas que preparaba no eran muy apetitosas, pero era lo que había. Mientras ella se encargaba de cocinar, yo limpiaba tanto como podía y le hacía compañía. Teníamos un acuerdo silencioso de no dejar a la otra en una habitación a solas. Incluso íbamos juntas al baño. Ambas sabíamos que nunca estaríamos seguras bajo ese techo.

Algo inesperado y perturbador empezó a suceder unos días después. El doctor Alloy empezó a traer sus libros a la salita y se sentaba a leerlos en el sofá mientras Kyra cocinaba. Ella y yo compartíamos miradas tensas porque sabíamos que el doctor nos observaba. Sin embargo, yo me di cuenta primero de que las miradas del doctor eran dirigidas a Kyra más que a mí. Sus ojos le recorrían el cuerpo de una forma que yo no lograba entender, pero que me hacía querer llorar. Yo ya sabía que Kyra era bonita. Tenía una larga cabellera marrón que asemejaba el chocolate más dulce y unos ojos grises llenos de personalidad, irónicamente. Su cuerpo era flaco, pero me recordaba bastante a los de las chicas de las revistas que Kyra había llegado a llevar a la casa. Alguna que otra vez, algún vecino de su edad había venido a nuestro apartamento a preguntar por ella. Lo más cercano que podría describir el tipo de mirada que le daba el doctor era comparado a las de uno de esos vecinos. Solo que el rostro del doctor se torcía de una forma espeluznante.

Siempre que podía, le devolvía la mirada con dureza haciendo que apartara el rostro cuando me descubría observándolo. No hacía mucha diferencia, pero cuando dejaba de fijarse en ella me sentía más tranquila. Se lo llegué a comentar a Kyra y mi hermana tragó saliva mientras veía un punto distante en el edredón. Asintió y me dijo que no me preocupara mientras le daba vueltas a la tarjeta que el agente Finn le había dado. Solía hacer eso últimamente cuando se veía especialmente agobiada. Sin embargo, nunca llegué a ver que lo contactara. Solo frotaba la tarjeta con sus dedos y suspiraba. Me preocupaba verla así y considerar el panorama completo.

Un día, antes de la cena, en el que Kyra aún deambulaba por la cocina seguida por mí y los ojos especialmente inquietos del doctor, este se levantó de repente de su puesto en

el sofá y entró a grandes zancadas a la pequeña habitación donde estábamos ambas. Antes de que pudiera mirar a mi hermana, el doctor me tomó por la cola del cabello y chillé al sentir el fuerte tirón que me dió. Caí al suelo golpeándome fuertemente y empecé a llorar cuando el doctor me jaló por el ya conocido pasillo. Kyra corrió detrás de nosotros gritando:

—¿Que está haciendo?! ¡Suelte a Lilou! ¡Deténgase!

Yo lloraba rasgándome la voz porque sabía lo que me haría el doctor y donde me llevaría. Vi al lepidopterólogo entre mis lágrimas darle una sonrisa enferma a Kyra antes de detenerse un segundo.

—Ya vendrá tu turno —susurró.

Antes de poder saberlo, el doctor me había tirado dentro de la cámara de las mariposas y cuando pude ponerme de pie, olvidando mis reservas acerca de aquel macabro lugar, escuché como cerraba la puerta con llave. No entendía que había hecho o si había hecho algo en lo absoluto para enojarlo. Fui siendo consciente poco a poco de todas las mariposas a mi alrededor y me paralicé. Sentía que el aire se volvía pesado y mi corazón se hundía más hondo en mi pecho. A penas podía respirar. No podía moverme, no podía gritar. Las lágrimas me bajaron por las mejillas mientras que me encogía con cualquier roce de sus delicadas alas en mi piel o ropa. Quería hacerme un ovillo y cubrirme con algo, pero no fui capaz ni de respirar con propiedad.

Lo peor no fue eso. El ruido del aleteo de las mariposas no pudo ahogar el ruido del otro lado de la puerta. No tengo forma de describirlo, pero sé que fue terrible. Lo que fuera que el doctor estuviera haciéndole a mi hermana sabía que era horrible. La oía gritar y llorar, la oí tirar golpes y maldecir con palabras que nunca había escuchado antes, pero luego oía al doctor darle algún golpe como solía hacerlo con mi madre y continuar lo que fuera que estuviera haciendo.

No supe cuando terminaron, pues en la oscuridad de aquella habitación, el tiempo parecía confundirse y entretenerse de forma diferente. Cuando el doctor me dejó salir, fui a nuestra habitación y vi a Kyra tirada en nuestra cama en silencio, con los ojos rojos y la mirada perdida. Sus muñecas tenían marcas rojizas, su clavícula y quijada se encontraban moradas. Me acerqué a ella y le acaricié el cabello, pero rehuyó mi tacto hasta poder enfocar su mirada y comprender que era yo quien la había tocado. Esto pareció tomarle un rato, pues sus ojos parecían dos pozos sin fondo y sin entendimiento de nada. Sus labios titubearon y noté que también tenían cicatrices. Kyra me abrazó y empezó a llorar sin decir palabra. Noté como apretaba sus piernas temblorosas y su cuerpo hasta volverse un ovillo. Lloré con ella. Lo que habíamos temido que pasaría si nos quedábamos solas había pasado y no había forma de arreglarlo. Vi que entre los dedos de Kyra estaban unos trozos de papel despedazado y no me costó mucho imaginar que eran la tarjeta que el oficial Finn le había dado ni el culpable de su estado.

Esa noche, vi a Kyra mirar a la luna desde nuestra ventana con el semblante sombrío, una sombra de lo que era. Tuve un extraño instante de lucidez en el que al observar a mi hermana pensé que así luciría *Artemisa* si alguna vez alguien llegara a subyugarla. Y era una vista dolorosa. Kyra volteó a verme y pretendí estar durmiendo. No fue una sorpresa que al abrir los ojos la ventana estuviera abierta y el frío de la noche colándose en la habitación. Sin ninguna otra evidencia de que Kyra hubiese estado en la habitación o coexistido en el mismo universo que yo.

No pude culpar a Kyra cuando desapareció de la casa como solía hacerlo antes. En realidad, me alegraba saber que Kyra se encontraba lejos del lepidóptero. Aquel episodio me reveló una pieza de información acerca de la persona de Evander Alloy que hasta entonces mi mente no había sido capaz de comprender en su totalidad. Nunca sabría que había visto mi madre en él ni la razón por la que se uniría a él en matrimonio, pero por lo menos ya creía saber la versión del doctor. Estaba enfermo y aunque no lo pareciera, tenía una personalidad dependiente. Necesitaba este tipo de relación en su vida, una figura femenina a la cual agredir y usar a su antojo. El doctor, después de todo, no podía vivir de solo sus mariposas y polillas. Y esa nueva visión de él me hizo conocer un nivel de odio y aprensión hacia él que nunca me creí capaz.

Un nuevo tipo de pensamientos empezó a darme vueltas en la mente, pensamientos tan oscuros como la moral del doctor. Me escandalizó llegar por mí misma a la conclusión de que había que cortar el mal por la raíz. Y aquella raíz tenía por nombre *Evander Alloy* y quien lo cortaría sería yo.

El pasillo en círculos

El mensaje de Gloria decía que estaría al final del pasillo. ¿Cómo se le ocurrió que este sería un buen lugar para encontrarnos? Era una especie de monumento, de esos que le gustan a ella: silencioso y oscuro. “Entra, estoy aquí” fue el mensaje que acababa de llegar a mi teléfono, al parecer mi amiga había llegado y me estaba esperando en el lugar acordado. Miré en las dos direcciones posibles. Decidí irme por la derecha. Insegura comencé a adentrarme en el pasadizo. La luz era tenue y el frío del invierno me calaba los huesos, lo único que escuchaba era el taconeo de mis botas y mi respiración caliente. ¡Gloria se las vería conmigo! Ella me hizo entrar aquí, a este espacio que cada vez se volvía más oscuro. En breve ya no podría ver nada.

Caminé algunos minutos por aquel túnel infinito, donde la iluminación se había convertido en un mito y el silencio era el único testigo de mi presencia. Iba concentrada en mis pensamientos, sobre lo mal que la estaba pasando. Nunca volvería a seguir a Gloria a un lugar como ese y mucho menos en invierno. De repente, empecé a sentir como si alguien me siguiera. Mi corazón empezó a retumbar, mis manos comenzaron a temblar y sentía que unos ojos se clavaban en mi espalda. Quise convencerme a mí misma de que era pura imaginación, alegando que la soledad, la oscuridad y el frío me estaban afectando. Así que caminé un poco más deprisa.

No paso mucho tiempo cuando me di cuenta de que, a la distancia, alguien me seguía, el sonido de sus pasos lo delataban. No tenía miedo, pero en la oscuridad no sabría cómo defenderme de algún atacante y, eso, me alteraba. Aceleré el paso, pero las botas altas hicieron que me tropezara con algo, mi equilibrio fue desestabilizado, pero moviendo las manos de manera apresurada pude sostenerme de un pasamano soldado en la pared. Al tocar el metal frío de mis labios salió un grillo que hizo un eco. Perturbada por las circunstancias del pasillo, me detuve para escuchar si aquella persona todavía me seguía, si desistió o si todo fue producto de mi imaginación. Escuché con atención, la persona al igual que yo aceleró el paso, así que empecé a correr, rogándole a Dios, no caerme en aquella oscuridad. Los pasos del perseguidor se escuchaban muy cerca de mí, casi podía escuchar su respiración a mis espaldas. Estaba aterrada, porque los pasos no se detenían, sino que se acercaban. Decidí correr, aunque cayera al piso y, mientras más rápido se movían mis piernas, más atrás dejaba el sonido de los pasos.

No sé en qué momento empecé a ver como la oscuridad se disipaba con una luz tenue, el pasillo se estaba terminando ¡Por fin me encontraría con Gloria! El perseguidor no podría hacerme nada a la luz del día. Llegué hasta la claridad, dándome cuenta de que era la misma entrada por la que había llegado. ¿Un pasillo en círculos? La única diferencia era que una mujer estaba parada en la entrada, parecía revisar su teléfono y estar esperando algo. Intenté llamarla para que no se adentrara en el pasillo en círculos y, mucho menos, que fuera la posible víctima de un atacante. No me escuchó. Miró a ambos lados, como si decidiera por qué lado del pasillo entrar, daba igual llegaría al mismo lugar. Pero al mirar en mi dirección me di cuenta de que se trataba de mí misma, así que decidí seguirme. La otra era yo...

La habitación del fondo

Llevaba tres meses viviendo sola en aquella casa y nunca había usado la habitación del fondo. Decidí ponerla en alquiler, ya que la renta había aumentado y el dinero no era suficiente. Marcos insistía en que volviera a vivir con él, pero aún no me sentía lista. Mirando hacia atrás, preferiría haberme ido hasta a una alcantarilla, o haber dejado morir al gato de hambre.

Antes de mudarme allí, las cosas en casa iban de mal en peor. Desde que tengo uso de memoria, mi madre siempre ha tenido una preferencia particular por Harry, mi hermano menor. En navidad obtenía los mejores regalos, su habitación era la más grande porque era “el hombre de la casa” y, para ella, él siempre tenía la condenada razón. A mis ocho

años mi padre murió, así que Harry se tuvo que ir a vivir con mis abuelos. Sus gritos se volvieron más violentos y sus golpes más y más frecuentes. Pasé el resto de mi niñez y adolescencia deseando una vida diferente, como la de mis compañeras de clase, pero la relación con mi madre se volvía cada día más oscura. Nada que yo hiciera era suficiente, nunca logré que me dijera un mísero “te quiero”. A mis veinte años lo que era desprecio, se convirtió en un odio enfermizo. Cada vez que llegaba a la casa escuchaba insultos y quejas. No podía salir sin ser catalogada con todos los apelativos denigrantes existentes. La situación se volvió intolerable. Siempre me decía que malgastaba su dinero pagándome la universidad y que, si no me buscaba un trabajo pronto, dejaría de hacerlo.

Conocí a Marcos una tarde saliendo de clases. Tenía un cuerpo robusto, pero su voz era sorprendentemente aguda. Me invitó a tomarnos un café y no pude negarme, era la única persona que había sido amable conmigo en años. Inmediatamente comenzamos a hablar, no nos detuvimos hasta que nos avisaron que el restaurante iba a cerrar. Marcos tenía la habilidad de hacerme sentir completamente cómoda en su compañía. Ese día le conté todo lo que pasaba en mi casa. Al principio no se podía creer todas las historias con mi madre, no comprendía cómo aguantaba esa “tortura”. No lo había visto de esa manera, pero era eso lo que mi madre me hizo creer que merecía durante veinticuatro años. Él me apoyó hasta mi graduación y me ayudó a conseguir un empleo como profesora. Ese mismo día empaqué mis cosas, que solo llenaban una maleta, y en la noche me escapé. Marcos dejó que me quedara en una habitación de su apartamento durante dos años. Nuestra amistad se hacía cada día más estrecha y mi vida, finalmente, parecía estar tomando color.

Estaba pegando el letrero cuando escuché pisadas aproximándose. A unos metros estaba una señora observándome. Llevaba una falda larga y sus dientes eran de un color amarillento. Le sonreí desde mi posición.

—¿Está interesada? —pregunté.

Se acercó arrastrando los pies.

—Sí.

No dijo nada más.

—Solo son mil pesos al mes, ¿qué le parece?

Su rostro permaneció indescifrable. Segundos después hizo una mueca semejante a una sonrisa.

A las doce del mediodía la habitación ya estaba ocupada. La pequeña interacción de antes no me había revelado nada de la nueva inquilina, pero parecía una señora seria.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo pensando en las películas de crímenes que solía ver con Marcos, pero descarté los pensamientos de inmediato. No podía dejar que mi imaginación jugara conmigo, necesitaba el dinero.

Era lunes, lo que significaba que debía ir al trabajo. Consistía en dar clases de religión a niños que, si no fuera porque estaban bautizados, habría dicho que estaban malditos. Saqué una manzana del refrigerador y me puse la chaqueta amarilla que debía usar. Salí de la casa dejando a mi compañera sola por primera vez.

En el trabajo todo fue predecible: niños gritando como anormales y un deseo intenso de largarme. Cada vez que miraba el reloj, se encontraba casi en la misma posición que la vez anterior. A un niño se le ocurrió la fantástica idea de llevar un silbato. Cada vez que me volteaba, el chillido me perforaba los tímpanos. Pasaron cuatro tediosas horas hasta que escuché el timbre, que fue el sonido más melodioso que había oído en todo el día. Me despedí con un gesto de Marcos, que me guiñó el ojo desde su oficina. Su sonrisa nunca fallaba en acelerarme el corazón. Hacía un tiempo que le había pedido que no me llevara a casa, me gustaba caminar para pensar.

Me estremecí al salir. Las hojas de los árboles chocaban entre sí provocando un sonido inquietante. El cielo estaba gris y una neblina espesa me dificultaba la visión. Aun así, me fui, siendo la horrible chaqueta mi único abrigo. Harry y yo solíamos subir a la azotea cuando mi madre salía en días como este. Nos acostábamos en el suelo helado y mirábamos las nubes aglomerarse en una única masa gris. Yo le contaba mis angustias. Él me hacía reír. Cada vez que ella se iba, rezaba porque empezara a llover y no pudiera regresar en mucho tiempo. Tal vez más del que admitiría.

Tenía los labios hinchados cuando llegué a la casa. La llave no estaba en mi bolsillo. En el instante en que toqué la puerta esta se abrió. Di un brinco y me llevé la mano al corazón por instinto.

—¡Oh, Dios! —dije tomando una bocanada de aire.

—Perdón —dijo con una sonrisa leve.

El estómago se me revolvió.

Me abrí paso por la puerta y fui directo a mi habitación. Le puse el pestillo cuando escuché un portazo afuera. La señora tenía la mirada desorbitada, miraba más allá de mis ojos. Me sentía cada vez más intranquila. Oía como arrastraba los muebles y se chocaba contra las paredes. Entonces escuché al gato. Se me paró el corazón. Su pelaje negro se volvió un mar de mechones punzantes antes de esconderse bajo mi cama. No había maullado de esa forma, entrecortada y suplicante, por un largo tiempo. Solo lo hacía cuando mi madre lo llamaba con ese tono que ambos detestábamos, cuando sabíamos lo que venía.

Un chasquido proveniente de la puerta me hizo voltear la cabeza de inmediato. No podía despegar los ojos del movimiento de la manecilla. Al inicio era casi imperceptible. Como si fuera producto de mi mente. Pero a medida que avanzaban los segundos se volvía más violento. Sentía que me ahogaba. No podía moverme. Casi escuchaba la sangre corriendo por mis venas, como un ácido caliente.

Entonces se detuvo. Había fruncido tanto el entrecejo que podía jurar que veía las marcas en el espejo. Busqué mi celular con la mirada. No estaba. Sabía perfectamente que lo tenía en el trabajo. Marcos me había enviado una foto de su loro intentando salirse de su jaula. La vi al llegar esta mañana.

Escuchaba crujidos y gruñidos, no era el gato. Sentía que me estaba volviendo loca. Mi paranoia crecía al mismo tiempo que la oscuridad de la noche. El nudo en mi garganta se volvía más incómodo, solo podía pensar en Marcos. Lo único que escuchaba eran las páginas de la Biblia en la mesa de noche rozando entre sí. Me deslicé con sigilo de la cama y me acerqué a la ventana. El tiempo pesaba, pero no se detenía, como si mi agonía lo arrastrara lentamente.

El sol ya era solo un pedazo de luz en el horizonte cuando la vi. No me había fijado en lo exageradamente alta que era. Su piel se camuflajearía a la perfección con un papel. Tenía una sonrisa trastornada de oreja a oreja y danzaba con su cuerpo flácido y huesudo mientras se acercaba hacia mí. Me abalancé hacia el armario y me encogí en una esquina. Escuché como se devolvió con pasos agresivos. Me arrepentí en el mismo instante en que aspiré el olor a polvo característico. Aquellos días cuando no terminaba los quehaceres a tiempo o los trastes no quedaban como ella los quería, mi madre me llamaba con una voz dulce y pausada. Me sentaba en su regazo y me amarraba las manos y los pies, tantas vueltas como la soga le permitiera. Luego me cargaba y con cuidado, me llevaba hasta el armario del jardín y me dejaba allí toda la noche. Nunca me atreví a llorar.

Entró por la puerta causando un estrépito. Me temblaba todo el cuerpo. La claustrofobia se volvía cada vez más insoportable, estaba perdiendo el control. Sus pasos se volvieron más cautelosos, como si temiera perderme de vista. Tenía una mirada sedienta, jadeaba con desesperación.

—¿Dónde estás?

Nunca había escuchado una voz tan monstruosa y aguda a la vez. Se acercó a la cama con lentitud. El gato se escabulló por la ventana con un alarido espeluznante. No pude aguantarlo más. Corrí hacia afuera sin pensarlo dos veces. Habría logrado escapar de no ser porque el suelo estaba lleno de un líquido viscoso. La caída provocó un estruendo, el corazón me golpeaba el pecho con fuerza. Sentí una presión en la pierna derecha, estaba sangrando. El olor familiar me inundó las fosas nasales, gasolina. Intenté apoyarme de las paredes del pasillo, pero también estaban manchadas. No podía ver nada.

Comenzó a reír de una forma escalofriante. Encendió un fósforo, lo que me permitió ver en la oscuridad cómo sus ojos se volvieron negros, diabólicos. Se deslizó hacia mí en una fracción de tiempo inhumana y dejó caer el fuego a mi lado. En ningún momento se deshizo de esa sonrisa perturbadora. Cuando todo comenzó a incendiarse ella empezó a moverse de forma errática y pavorosa. Trepó la pared mientras se retorció. Una voz maligna susurraba cosas sobre la habitación, cosas siniestras, grotescas.

—Es mía, es mía... —repetía con tono cada vez más grave.

Entonces las llamas me alcanzaron. Podía sentir el ardor escalando por mis piernas. El dolor era inaguantable. Mis gritos se ahogaron en el estruendo del fuego y las voces. Todo empezó a dar vueltas. Cerré los ojos con tanta fuerza que las lágrimas no podían salir. Cuando ya no podía más, todo se volvió negro.

Abrí los ojos de golpe tomando grandes bocanadas de aire. Estaba acostada boca arriba en el pasillo, frente a la habitación. Todos los recuerdos de la noche anterior se agolparon en mi cabeza haciendo que saltara del suelo. La pierna me dolía, pero la herida no estaba. Pestañeé varias veces para asegurarme de que lo que estaba viendo no era mi imaginación. No había rastro de lo sucedido la noche anterior.

Abandoné la casa lagrimeando por el resplandor. Empecé a correr. No había un alma en la calle, todo estaba extrañamente tranquilo. Me sentía aturdida, nada parecía real. Esto no me detuvo, el solo hecho de pensar en ella me erizó la piel. El cabello se me pegaba a la cara, impidiéndome ver con claridad. Sentía que alguien me miraba, pero al voltear solo veía como la casa se tornaba cada vez más pequeña. Una brisa helada hizo que me estremeciera antes de entrar a una tienda local.

—Oye, ¿estás bien?

La voz preocupada de una señora mayor me sacó del trance.

—Creo que sí...

Cuando elevé la mirada, el corazón se me encogió. Era mi madre.